

AUSTRALIA TIENE NOMBRE ESPAÑOL: FERNÁNDEZ DE QUIRÓS Y VÁEZ DE TORRES

Ignacio DEL POZO GUTIÉRREZ
Licenciado en Derecho y divulgador histórico
Colaborador en *Historia Digital y Descubrir la Historia*



A gran isla del continente oceánico celebra su día nacional el 26 de enero de cada año en recuerdo del mismo día de 1788 en que Arthur Phillip, en nombre de la Corona británica, inició el proceso de ocupación del territorio. Sin embargo, no fueron los británicos los primeros de entre los europeos que llegaron a unas costas cuya existencia ya era conocida —o al menos intuida— antes de ser avistadas.

***Terra Incognita*: una tierra conocida sin haber sido vista**

A diferencia del continente americano, que se interpuso en el camino español hacia las islas de las Especias, la *Terra Australis Incognita* ya fue tenida en cuenta por los europeos desde la Antigüedad. Fue Claudio Ptolomeo en el año 150 quien avanzó en tal idea al sostener que lo desconocido no eran simples mares, sino tierras. En su mapa, el borde septentrional de un continente llamado *Terra Incognita* comprendía una porción de la costa de Australia, pero conectada al este y al oeste por una línea continua. Ptolomeo creó una detallada red de coordenadas, calculando la latitud de los distintos lugares mediante la altura de los astros y la duración del día, encontrando los mismos problemas que sus predecesores respecto a la longitud. Su objetivo era la creación de un mapa que logró levantar mediante un sistema de proyecciones cónicas. Al parecer, rescató la creencia del continente austral de la tradición helenística, y en concreto de una de sus últimas versiones, debida a Pomponio Mela, un geógrafo romano cuya tesis era que la simetría exigía la presencia

del continente austral. De esta manera, entre la leyenda y la necesidad geométrica, el mito de la *Terra Australis* llegó desde el mundo antiguo hasta la Edad Moderna. Su realidad explicaría algo que los geógrafos llevaban siglos intentando razonar: la desproporción entre mares y tierras que había en los hemisferios norte y sur haría imposible mantener el equilibrio del planeta, que no podría rotar sin desplazarse de su eje al ser las masas continentales mucho mayores en el hemisferio norte; la existencia de un continente austral devenía entonces necesaria, actuando a modo de «contrapeso». Tenía que existir, aunque nadie lo hubiera visto.

El Renacimiento y las exploraciones marítimas

Ptolomeo fue traducido por los árabes e introducido por estos en Occidente. Con los descubrimientos portugueses y españoles, muchas de sus ideas respecto a la configuración del hemisferio meridional quedaron modificadas; pero sin avistamientos claros, los geógrafos más prestigiosos se enfangaron en un monumental lío sobre la ubicación concreta del continente.

El español Fernández de Enciso, en su *Suma de Geographia* (1519), habla de una «tierra austral» a unas 450 leguas al este del cabo de Buena Esperanza, y algunos autores posteriores, basándose en tal error, colocan el continente en los lugares más variopintos, mientras los más respetados Mercator y Ortelius afirman la continuidad de Tierra del Fuego con la *Terra Australis*, atribuyendo el descubrimiento austral a Magallanes, que inscribiría en sus mapas: *Hanc continentem Australem nonnulli Magellanicam regionem ab eius inventore nuncupant*. Quizá la que más se acercó fue la Escuela francesa de Dieppe en sus manuscritos entre 1540 y 1566, basados al parecer en mapas portugueses.

El lío no se deshizo hasta el siglo siguiente, en que la enorme isla de Australia comenzó a ser avistada por diferentes puntos cardinales. La exploración, pues, fue clave para determinar no ya la existencia, sino la ubicación y configuración de la isla; sobre quién fue el primero, llueven las hipótesis.

¿Quiénes fueron los primeros? ¿Hubo un solo descubridor?

En realidad no puede hablarse de un primer y único descubrimiento, sino más bien de un proceso de acercamiento y encuentro con la isla que tardó años en materializarse a través de viajes esporádicos. Dicho proceso estuvo aderezado por dos circunstancias determinantes: la unión dinástica de España y Portugal con Felipe II y la posterior independencia de las Provincias Unidas de los Países Bajos de la Corona española. Ambos, portugueses y holandeses, tienen mucho que decir en el descubrimiento de Australia.

Portugal

Las Molucas fueron alcanzadas por vez primera por el portugués Francisco Serrão en 1512, pero no sería hasta diez años después cuando Antonio de Brito puso los cimientos del Fuerte de São João Baptista de Ternate. Los portugueses, por lo tanto, llevaban la delantera a todos los demás en la zona. América —y por ende los españoles— estaba muy lejos, y por ello todas las ventajas logísticas se inclinaban del lado de Portugal y se reforzaban con un conocimiento mucho más detallado y comprensivo de las tierras y mares que rodeaban las Molucas.

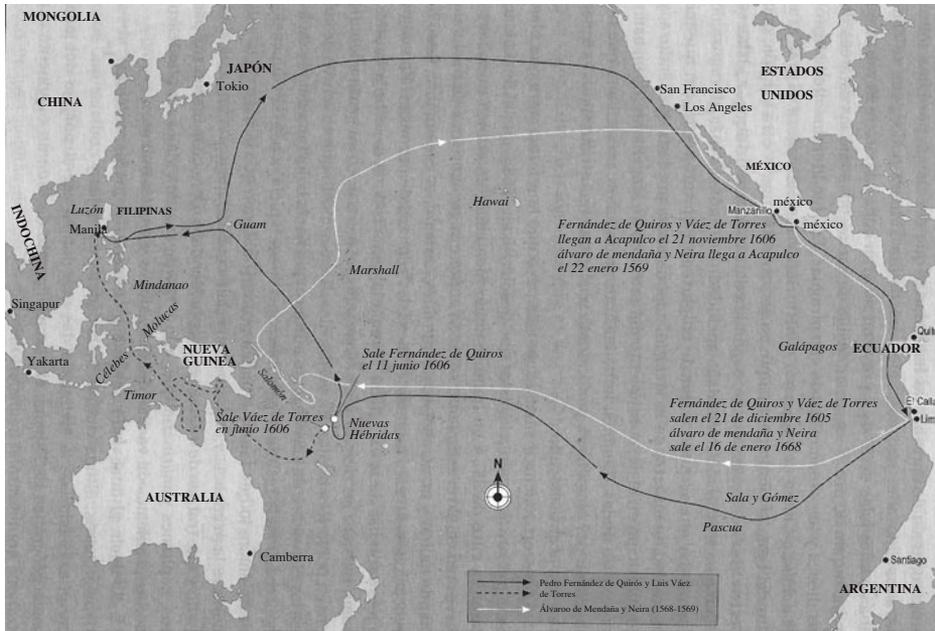
En ese contexto, cuesta creer que los portugueses no alcanzaran, o al menos avistaran, las costas australianas, y eso es precisamente lo que afirma el historiador australiano Kenneth McIntyre al sostener que entre 1521 y 1524 el portugués Cristóbal de Mendoza, al mando de una flota de tres carabelas, cartografió la costa este de Australia, y que uno de los barcos navegó a lo largo de la costa sureste de la isla y naufragó en algún lugar cerca de Warrnambool, Victoria. Los motivos que aduce para justificar que la exploración de Mendoza sea desconocida rayan en la simpleza: la ocultación por temor a incumplir el Tratado de Tordesillas y la pérdida de la documentación en el terremoto de Lisboa de 1755. No obstante, el hecho de que los portugueses ya estuviesen aposentados en la zona favorece la hipótesis de que fueron los primeros en llegar —con Cristóbal de Mendoza o con cualquier otro— a Australia, pero no existen fuentes primarias que así lo acrediten.

Holanda

Fueron precisamente los mapas portugueses que cayeron en manos holandesas los que les permitieron llegar a Indonesia. Una vez allí, en noviembre de 1605, el velero *Duyfken*, al mando de Willem Janszoon, zarpó del asentamiento holandés de Java para explorar Nueva Guinea, y en marzo de 1606 navegó por la península del cabo York, pudiendo ser su tripulación la primera en conocer las costas orientales de Australia, pero sin que conste que descendieran a ella o tomaran posesión de la misma. Los holandeses eran mercaderes y buscaban lugares para comerciar, no para colonizar.

España

Muy lejos del continente oceánico, España —al igual que las demás potencias— debía establecer algún asentamiento duradero en la zona si quería ver satisfechas sus aspiraciones comerciales y políticas; pero los conflictos con Portugal sobre la interpretación del Tratado de Tordesillas y la falta de una



En color claro, la expedición del primer viaje de Mendaña al Pacífico (1568), en el que descubrió las islas Salomón. La derrota en oscuro corresponde al que hizo Quirós en 1606, por el que descubrió las Vanuatu. La línea de puntos representa el periplo de Torres tras separarse de Quirós, el cual pasó por el estrecho que hoy lleva su nombre. (Fuente: www.wikiwand.com)

ruta de regreso a América que permitiera unas relaciones continuas complicaban extraordinariamente la situación. Así las cosas, las expediciones que se dirigían a Asia lo hacían por el hemisferio norte, quedando Australia apartada de dichas rutas; pero el establecimiento en Filipinas —y quizás el azar en la expedición de Álvaro de Mendaña de 1595 con el descubrimiento de las islas Salomón— acercó por fin a España a la gran isla. Junto a Mendaña navegaba el piloto portugués Pedro Fernández de Quirós, que resultaría fundamental en el encuentro español con Australia.

A pesar de que existen otras muchas hipótesis sobre la llegada española a Australia —que van desde la carabela *San Lesmes* de la flota de Jofre de Loaysa, que en 1526 se separó del resto en el estrecho de Magallanes, hasta la del capitán Lope de Vega, que desapareció en las islas Salomón en 1595—, ninguna de ellas es suficientemente consistente, por lo que parece razonable centrarse en la de Quirós, ampliamente documentada, para acreditar la llegada de España a Australia al menos al mismo tiempo que los holandeses.

La expedición de Quirós

A su vuelta de las Salomón, Quirós, reconocido cosmógrafo y cartógrafo, se puso rápidamente manos a la obra para conseguir dirigir una expedición que colonizara las islas, si bien con una meta mucho más ambiciosa: ser el primero en llegar a la *Terra Australis Incognita*. Para ello no escatimó esfuerzos ni perseverancia; elaboró numerosos memorandos y viajó a España a presentárselos al rey, e incluso fue a Roma para ver al papa Clemente VII, el cual, impresionado por los planes de nueva cristiandad de Quirós en la Polinesia, no dudó en escribir cartas de recomendación a Felipe III, ordenando éste al virrey de Perú que proveyese a Quirós de todo lo necesario para la expedición.

De vuelta a Perú, donde el virrey Gaspar de Zúñiga y Acevedo le otorgó las oportunas capitulaciones, se formó una armada compuesta de dos naos o galeones —la capitana *San Pedro* y *San Pablo* y la almiranta *San Pedro* o *San Pedrico*— y el pequeño patache *Tres Reyes*, con un total de 159 personas. Llevarían provisiones para un año, fundamentalmente carne, pescado, arroz, garbanzos y 800 toneles de agua. Como lugartenientes irían Luis Váez de Torres y Diego de Prado y Tovar, un avezado marinero y un noble. El propio Quirós, religioso hasta el fanatismo, se ocupó de las inscripciones de los estandartes a desplegar, en los que se podía leer: «En sólo Dios va puesta mi



Exploraciones a Australia. (Autor: Jesús Pérez Beceiro)

esperanza», y con la Virgen de Loreto y una corona de oro con las armas de España, que llevaba inscrito *Tu es Christus filius Dei vivi*, zarpando la expedición el 21 de diciembre de 1605.

Quirós puso rumbo al oeste pretendiendo llegar hasta la isla de Santa Cruz (Salomón) y seguir desde allí, pero no lo consiguió, a pesar de lo cual realizó numerosos descubrimientos; en enero de 1606, los expedicionarios avistaron la isla Ducie, al sudeste del archipiélago de las Tuamotu, y días más tarde, la de Henderson, el atolón de Marutea, el grupo Acteón y el atolón Vairaatea, llegando posteriormente al grupo de las Tuamotu.

Nuevas Hébridas: Australia del Espíritu Santo

Finalmente, tras avistar otro gran número de islas, el 30 de abril de 1606 divisaron la mayor del grupo de las Nuevas Hébridas, que bautizaron Virgen María o La Cardona, y posteriormente, Australia del Espíritu Santo. Los expedicionarios desembarcaron en una bahía situada en su parte norte, a la que llamaron de San Felipe y Santiago, de la que Quirós tomó posesión con gran ceremonia religiosa. Precisamente su desbocado misticismo le llevó a fundar una nueva orden militar, la del Espíritu Santo, y una ciudad, que nombró Nueva Jerusalén, e incluso una orden de caballeros llamada del Espíritu Santo, de la que formarían parte los hombres que poblasen aquella tierra. Tanto exceso no presagiaba nada bueno, y el hartazgo de los expedicionarios comenzó a ser patente. Además, las relaciones con los nativos no eran especialmente amistosas.

La partida de Quirós

Así las cosas, a principios de junio los barcos expedicionarios salieron de la bahía para continuar los descubrimientos, pero una fuerte tormenta los obligó a entrar de nuevo. Sin embargo, la *San Pedro* y *San Pablo* no regresó, internándose en la mar y, con Quirós al mando, se dirigió directamente a Nueva España, alcanzando Acapulco el 21 de noviembre de 1606.

Este episodio está presidido por la confusión: una versión afirma que las tres naves salieron a la exploración de otras islas cuando fueron sorprendidas por un fuerte temporal y que la capitana en la que iba Quirós no consiguió volver a tierra, mientras que las otras dos sí lo lograron. Éste entonces habría pedido opinión a los que iban con él y el parecer general fue aprovechar los vientos para ir a Nueva España en vez de regresar a la isla del Espíritu Santo. Por otro lado, Quirós dijo que se vio obligado a tomar la ruta de Nueva España porque la tripulación amotinada le obligó. Finalmente, otra versión es que, estando en tierra, supo que era inminente un levantamiento contra su autoridad

y, adelantándose a ello, fue al embarcadero de noche acompañado de los que le eran fieles y, sin avisar a nadie, decidió volver a Nueva España. Tiempo después se ordenó una investigación para esclarecer los hechos y saber si Quirós era culpable de haber abandonado su responsabilidad del mando, pero el asunto acabó con reproches por lo que había pasado, pero sin condena para Quirós al no poderse aclarar la cuestión; en cualquier caso, el portugués ya había nombrado al nuevo continente como *Austrialia* —en referencia a *Australis* y a la Casa de Austria—, que con ciertas modificaciones pasaría a la posteridad.

Sea como fuere, un gran número de hombres y dos naves quedaron en Espíritu Santo sin su jefe de expedición, pero con los dos lugartenientes, Váez de Torres y Prado y Tovar.



Escultura de Quirós en Canberra.
(Fuente: www.wikipedia.org)

Váez de Torres y Prado y Tovar

Tras la imprevista desaparición de Quirós, los que quedaron en la isla esperaron unas dos semanas por si volvía. Pasado este tiempo, se reunieron en junta para atenerse a las instrucciones del virrey, en las que se establecía que la sustitución en el mando correspondería a Diego de Prado y Tovar y que los expedicionarios deberían dirigirse a Manila para esperar a los retrasados o perdidos y hacer el regreso por la ruta portuguesa del cabo de Buena Esperanza para informar al rey. Prado y Tovar aceptó el cargo, pero le pareció mejor compartirlo con el otro lugarteniente, Luis Váez de Torres, que tenía más cualidades para la navegación, siendo finalmente el jefe de los expedicionarios, mientras que Prado y Tovar, de acuerdo ambos, quedó como consejero en materias técnicas y especialmente para levantar planos y representar en dibujos los tipos humanos que encontraron.



Viaje de exploración de Luis Váez de Torres. (Fuente: internet)

El 26 de junio abandonaron la isla, y Torres navegó a lo largo de la costa oeste, aunque a mitad de camino el viento le impidió seguir adelante. Quizá por ello en vez de navegar 300 millas al norte hasta Santa Cruz y luego al suroeste hasta el paralelo 20 sur de acuerdo con las órdenes, siguió adelante, probablemente en dirección oeste-suroeste. En esta posición, bien entrado en el mar de Coral, se encontraba a sólo 190 millas del continente australiano, si bien no recogen el avistamiento de tierra alguna ni arrecifes, aunque alguna mala señal tuvo que ver para cambiar el rumbo y derrotar hacia el norte para llegar al este de Nueva Guinea en busca de Manila, resultando así que al dirigirse al norte-noroeste eludió un seguro naufragio en la barrera de coral y abrió una nueva ruta de navegación cercana a las costas australianas.

Desembarco

Pero el afortunado cambio de rumbo no evitó que el 14 de julio de 1606, Vázquez y sus hombres se encontrasen con una línea de olas altas rompientes que se extendían del noreste hacia el noroeste y que obligó a las naves a virar a estribor tan cerca del viento como pudieron para evitar los arrecifes. Sobre las olas pudieron avistar una tierra montañosa elevada (¿actual Mount Pluto?) y, no pudiendo avanzar hacia el este, Torres derrotó al oeste empujado por los vientos alisios que soplan con incansable persistencia desde marzo a diciembre. Se enfrentaría con esos mismos vientos y mar durante todo su viaje de descubrimiento a lo largo de la línea costera de Nueva Guinea.

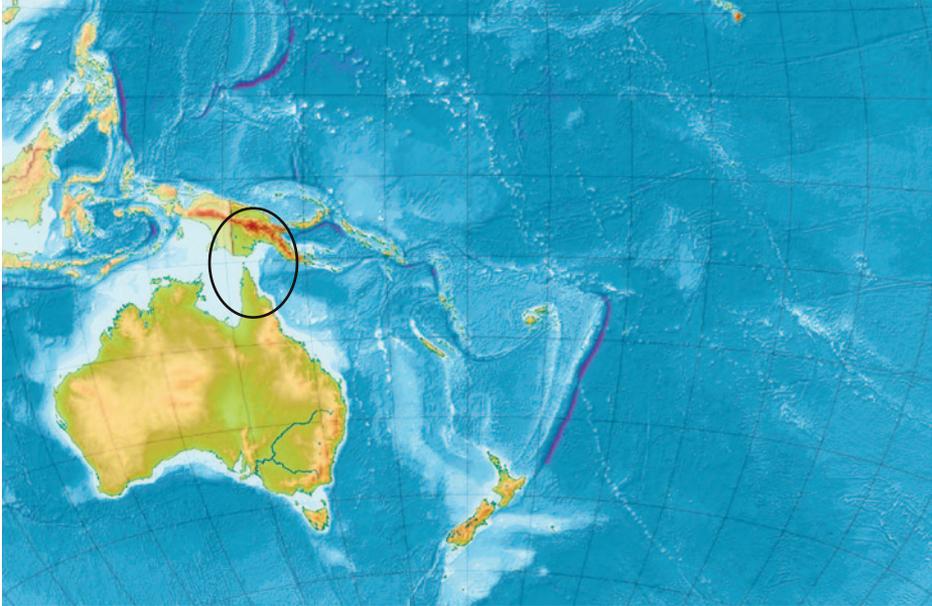
Vázquez de Torres fijó su latitud a 11,5° y, tras navegar sobre la barrera sumergida, los navíos se dirigieron al norte hacia la tierra que estaba a veinte millas. Allí encontraron una buena bahía en la que refugiarse del viento y del oleaje del mar abierto. Se la conoce por sus nombres locales de Sakura y Oba, aunque pocos mapas los señalan.

Los botes de los barcos fueron dispuestos y una partida bien armada se dirigió hacia la playa, mientras veían a los nativos huir hacia las colinas para esconderse, donde encontraron algunos campos de ñames —semejantes a las batatas— y patatas que sirvieron de buen abastecimiento para los navíos. Desde la cima de la península se veía el mar, con más penínsulas e islas alrededor. Prado anota la presencia de espléndidos árboles, fuentes de agua potable, pero no observa río alguno; ni Vázquez ni él reparan en que están pisando una nueva tierra continental, sino que piensan que se trata de una interminable sucesión de islas de variado tamaño, porque su prioridad no es descubridora, sino obtener provisiones para llegar a Manila, el ansiado fin de su expedición.

El estrecho de Torres y el placel

Continuaron navegando hasta llegar a una bahía grande en la costa de Nueva Guinea junto al cabo este, cuya exploración no fue posible debido a las malas condiciones del viento y el mar.

La travesía de Torres por el golfo de Papúa no se menciona en su informe al rey ni en la narración de Prado, aunque queda sin duda constancia de ella en las 300 leguas recorridas a lo largo de la costa tras pasar el estrecho por el que su nombre ha pasado a la historia, donde se encontró con un fenómeno geográfico y geológico que él mismo llamó placel o place en referencia a la superficie llana cubierta de arena o banco bajo que hay entre Nueva Guinea y Australia y que las une por medio de una plataforma sumergida a cien brazas de profundidad. El placel se extiende entre los puntos extremos de ambas masas terrestres; en el cabo York tiene, aproximadamente, setenta y cinco millas de anchura, y en la costa de Nueva Guinea unas doscientas. Salpicado



Islas del estrecho de Torres (Oceanía). (Fuente: www.wikipedia.org)

de islas y arrecifes, la profundidad en marea baja apenas sobrepasa las cinco brazas (unos nueve metros); si el nivel marino bajara catorce metros, el placel formaría una lengua de tierra que uniría Australia y Nueva Guinea, con una cornisa que no podrían alcanzar las grandes mareas ni las olas.

Cuando Torres se encontró con el placel en 9° —o más bien se detuvo en esa latitud— estaba cerca de la punta de Bampton, en la isla de Parama. Desde allí la navegación fue una pesadilla; zonas de bajos a tres brazas y menos, mientras crecían las olas rompientes y la marejada impulsadas por un persistente viento puntero del sudeste, lo que debió de forzar la dirección de los barcos hacia la zona sur de la tierra divisada. A ello ha de sumarse que desconocían por completo las tierras y mares que les rodeaban. Los extremos este y oeste de Nueva Guinea eran totalmente imaginarios, ya que sólo la costa norte era conocida por haber sido explorada por Íñigo Ortiz de Retes en la expedición de 1545 si bien se pensó que Nueva Guinea formaba parte, probablemente, del Gran Continente Meridional. Algunos de los mapas publicados antes de 1600 la configuraban como una isla, pero el estrecho entre esta y la *Terra Austral Incognita* se situaba entre los 20° y los 22° australes y era, por lo tanto, completamente imaginario que Nueva Guinea fuera una isla.

Todo lo que hicieron, vieron y descubrieron está recogido en la *Relación* que de ello hizo Diego de Prado y Tovar y, en menor medida, en la carta que

Vázquez envió al rey a su llegada a Manila; ambos documentos, que estuvieron desgraciadamente perdidos o escondidos durante siglos, ilustran con detalle el paso de la expedición española.

Conclusiones

Como ya se ha comentado, en la enormidad de la isla australiana, la diferencia en el tiempo de las expediciones descubridoras y la ausencia o escasez documental de algunas de ellas complican en gran medida la eventual atribución de su descubrimiento a una sola de ellas. Sin embargo, cabe el análisis conjunto de las mismas para llegar a conclusiones válidas sobre el asunto. Así, siguiendo al historiador George F. Barwick en su obra *New Light on the Discovery of Australia, as Revealed by the Journal of Captain Don Diego de Prado y Tovar*, podemos concluir que Torres, en compañía de Prado, completó el viaje a Manila, pero en lugar de ir al norte de Nueva Guinea en el curso directo como estipulaban las órdenes generales, la climatología le obligó a navegar a lo largo de su costa sur. A esa circunstancia fortuita le debemos no sólo el descubrimiento del tortuoso paso entre Nueva Guinea y Australia (ahora conocido como el estrecho de Torres), sino el primer reconocimiento definitivo de Australia, si bien posiblemente compartido con la expedición holandesa del *Duyfken*. Barwick afirma, con lógica, que todas las islas en el paso entre Nueva Guinea y cabo York forman parte integral de Australia, ya que están bajo la jurisdicción de la colonia de Queensland, cuyo límite se extiende por el norte casi hasta la costa de Nueva Guinea, incluidas las islas Talbot, y por el este hasta la Gran Barrera de Coral, y por lo tanto, cualquier isla descubierta dentro de esas líneas, en latitudes superiores a 20 grados sur, sin duda puede ser considerada australiana. Este caso sería análogo al de Colón, cuyo desembarco ciertamente no fue en el continente, sino en una isla a gran distancia, y sin embargo nadie disputaría la afirmación de que Colón descubrió América. En el caso de Prado y Torres, las islas que descubrieron y bautizaron pertenecían al continente, aunque adyacentes a Australia, muchas de ellas a unas pocas millas de distancia.

Sin embargo, Australia es tan grande que el descubrimiento en un período de tiempo de cualquier parte tiene poca relación con el descubrimiento en otros momentos de otras porciones que bien podrían estar a cientos, sino miles, de millas de distancia y en tal sentido Barwick rechaza por falta de fuentes documentales las posibilidades portuguesas, algo más que discutible dada su cercanía al territorio, la probada pericia de los navegantes portugueses y la política expansionista de su Corona. Mayor consideración otorga a los holandeses del *Duyfken*, puesto que hay evidencias de que navegó —además, contemporáneamente a Torres— hacia el este, desde Bantam a lo largo de la costa sur de Nueva Guinea hasta el comienzo del estrecho de Torres, y luego

girando hacia el sur llegó a la costa oeste de la península del cabo York, a pesar de que el capitán Willem Janszoon no reconoció que había un paso hacia el este al sur de Nueva Guinea. Los holandeses se acercaron a Australia desde el oeste y volvieron sin descubrir nada y sin pasar por el estrecho, afirmando ellos mismos que no se pudo saber nada de las tierras o de las aguas visitadas, de modo que «se vieron obligados a dejar el descubrimiento sin terminar». Los españoles, por otro lado, vinieron del este, y por las dificultades climáticas se vieron obligados a abrirse al este del estrecho, a través del cual tomaron su tortuoso camino entre las numerosas islas y bancos, completando finalmente el viaje a Manila por el sur de Nueva Guinea, quedando recogidos todos sus descubrimientos por las *Relaciones* de Torres y Prado.

Finalmente, y a pesar de estas expediciones, serían los británicos quienes a través de los capitanes Philips y Cook colonizarían la isla, quedando relegados de la historia australiana españoles, holandeses y portugueses, si bien permanece hasta nuestros días, con pequeñas variaciones, el nombre de Australia con el que un día creyó bautizar aquella tierra un gran cosmógrafo e iluminado religioso apellidado Fernández de Quirós.



BIBLIOGRAFÍA

- BRETT, Hilder: *El viaje de Torres de Veracruz a Manila*. Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid 1992.
- BARWICK, George F.: *New Light on the Discovery of Australia as Revealed by the Journal of Captain Don Diego de Prado y Tovar*. Hakluyt Society, 1930.
- MARTÍN-MONTENEGRO, Gustavo: *Australia del Espiritu Santo: Un nombre español para un país inglés*, 2010.
- GORDON MCINTYRE, Kenneth: *The Secret Discovery of Australia: Portuguese Ventures 200 Years before Captain Cook*. Souvenir Press, 1977.
- LAORDEN JIMÉNEZ, Luis: *Navegantes españoles en el Océano Pacífico: la historia de España en el gran Océano que fue llamado Lago Español*. Marcial Pons, 2014.
- ESTENSEN, Miriam: *Terra Australis Incognita: The Spanish Quest for the Mysterious Great South Land*. Allen & Unwin, 2006.